



# 3. Zenobia Camprubí Aymar: española de tres mundos

Graciela Palau de Nemes

Me valgo del título del famoso libro de Juan Ramón Jiménez<sup>1</sup> para hablar de su esposa Zenobia, que reunió en sí la cultura de tres partes del mundo: la América Hispana, la América Sajona y España. Por el lado de su madre emparentó con labradores acaudalados de Puerto Rico y grandes comerciantes de los Estados Unidos. Por el lado de su padre, fue española y de buena casta.

Es bien sabido que Raimundo Camprubí, ingeniero español, miembro de una familia catalana de militares distinguidos y profesionales, fue asignado a construir parte de una carretera principal en Puerto Rico entre dos poblaciones importantes: de Ponce a Coamo. La primera, al sur de la isla, era una de las más adelantadas desde el punto de vista cultural y mercantil, y Coamo es famosa desde los tiempos de los indios por dos fuentes naturales, medicinales, la una contiene azufre, usada para curar enfermedades de la piel, la otra, fría, contiene nitrato, que se bebe para curar enfermedades internas.

Raimundo Camprubí conoció a Isabel Aymar, futura madre de Zenobia, porque ella se hospedaba en la misma pensión que él en San Juan, puerto y capital de Puerto Rico, al ir y venir en sus viajes a Nueva York, tierra de su padre y parientes paternos. El ingeniero español pidió su mano y se casaron en esa isla en 1879, ella tenía veinticuatro años y él treinta.

El primer hijo les nació en la ciudad de Ponce ese mismo año. Como era la costumbre entre las buenas familias, le dieron un montón de nombres para honrar a ambos lados. Se llamó José, como el bisabuelo corso, tronco de la familia; Augusto, como el abuelo norteamericano; Raimundo, como el padre; y Luis, como el tío abuelo materno, y lo llamaban José.

A los dos años del matrimonio, los Camprubí Aymar establecieron residencia en Barcelona. Allí nació otro hijo varón, y en Malgrat, pueblo de veraneo, nació Zenobia Camprubí el 31 de agosto de 1887, y por último un hermano menor.

---

<sup>1</sup> Juan Ramón JIMÉNEZ. *Españoles de tres mundos. Viejo Mundo, Nuevo Mundo, Otro Mundo (1914-1940)*. Editorial Losada, Buenos Aires, 1942.

Todos estos niños fueron criados por su madre en inglés, los dos mayores marcharon como internos a escuelas de los Estados Unidos, y Zenobia y el menor, enfermizo, fueron educados en España por tutores particulares.

Isabel Aymar de Camprubí era miembro de una importante y rica familia de un pueblo de Puerto Rico llamado Guayanilla, al sur de la isla y junto al mar. El historiador puertorriqueño Otto Sievens Irizarry, pariente lejano, nos da noticias del pueblo y sus antecesores<sup>2</sup>. Próspero por la fertilidad de su valle, allí se cultivaba la caña de azúcar y en las alturas el café. Servía de entrada a aventureros y refugiados políticos y se permitía el comercio legal e ilegal. En 1815, el Rey Fernando permitió la entrada a extranjeros para promover la industria, la agricultura y el comercio local, ofreciendo toda clase de ventajas como la donación de tierras, la importación libre de aperos para la labranza y la importación y exportación de productos. Sólo se le permitiría la entrada a extranjeros de países amigos de España y católicos y se establecieron requisitos para asegurar que los inmigrantes eran personas de buena conducta, beneficiosos para el país. Si lo merecían, se les daba, primero, Carta de Domicilio y sólo si demostraban buena conducta y éxito en sus empresas se les daba «Carta de Naturaleza» para establecerse permanentemente en la isla con sus dependientes, en cuyo caso, tenían que jurar lealtad a la Corona Española y renunciar a la ciudadanía natural.

Un grupo de ciudadanos de la isla de Córcega, en el Mediterráneo, se aprovecharon de esta oferta y otro autor puertorriqueño, Josué G. Lucca, también pariente e investigador de la genealogía de Zenobia Camprubí, nos dice que en 1822 el corso Guiseppe Lucca, descrito como hombre blanco, rubio, de nariz perfilada, llegó a la capital de Puerto Rico al norte de la Isla e hizo la travesía a Guayanilla a través de montes y llanos por caminos para bestias y hombres valientes. Tenía solamente diecinueve años y llegó a ser un gran político y comerciante de la región.<sup>3</sup>

---

<sup>2</sup> Otto SIEVENS IRIZARRY. «Guayanilla en la genealogía de Zenobia Camprubí de Jiménez», *Hereditas*, 3-4, 1995, págs. 51-60.

<sup>3</sup> Josué G. LUCCA. *Labrador*. Rincón Cultural, Seattle, WA, 2000, pp. xi y 5.

Este corso se casó con la puertorriqueña Luisa Ballesté, hija de un catalán, y fueron padres de María Magdalena Zenobia Lucca, nacida en Guayanilla en 1827, que habría de ser la abuela de Zenobia Camprubí y la que establecía la relación de sus descendientes Camprubí-Aymar con grandes familias de los Estados Unidos.

Al casarse Don José (Giuseppe) Lucca con Doña Luisa Ballesté, se emparentaba con las familias rectoras del lugar, que por generaciones habían practicado la endogamia para mantener la limpieza de sangre, para retener las propiedades y sobre todo, el poder.<sup>4</sup>

El corso Giuseppe Lucca crió bien a sus hijos y mantuvo su identidad nacional hasta su muerte. Dice Josué G. Lucca que Córcega ha sido una isla en la que sus habitantes, independientemente de la nación que los gobernara, se han sentido nacionales corsos, con su propia forma de pensar, su propio lenguaje e identidad, que los romanos le llevaron la cristiandad y el lenguaje y fue poblada principalmente por italianos, después por franceses, pero conservaron su propia forma de pensar, su propio lenguaje e identidad<sup>5</sup>. Esto se ve por la manera en que Giuseppe Lucca crió a sus hijos. Tuvo cuatro, una hembra y tres varones. La hembra, María Magdalena Zenobia, abuela de los Camprubí, fue la mayor seguida por los tres hermanos: Luis, Eduardo y Julio Benigno.

Giuseppe Lucca los educó bien; asistieron a escuelas en Córcega, pero se interesaron más por el dinero. El mayor abrió, sin permiso, el testamento de su padre. No se casó, pero adoptó a un niño recién nacido y tuvo un hijo natural con una esclava. El siguiente, Eduardo, perdió a su esposa y a la hija recién nacida y quedó desolado a cargo del hijo de un año. De él sólo se sabe que informaba a su hermana y a su sobrina Isabel, madre de Zenobia, de todo lo que pasaba en Puerto Rico. El hermano menor, Julio, inteligente y medio enamorado de su sobrina Isabel (futura madre de Zenobia), quería ser médico y fue educado en Francia, admitido a la famosa Universidad de la Sorbonne y expulsado por retar a un

---

<sup>4</sup> Sievens Irizarry, op. cit.

<sup>5</sup> Lucca, op. cit., p. 4.

duelo a uno de sus compañeros. Regresó a Puerto Rico, se divirtió mucho, se casó, se convirtió en un buen agricultor de cafés y frutos menores, tuvo una tienda de provisiones básicas y catorce hijos que mantener, que siempre estaban enfermos, como él, lo que le impidió salir de la Isla, como quería y murió desencantado.<sup>6</sup>

Lo que les faltó a los hijos de Giuseppe Lucca, le sobró a la única hija María Magdalena Zenobia Lucca Ballesté.

Su padre, que creía en la educación de la mujer, la mandó, a los doce años, a un colegio de niñas llamado «Linden Hall», en el pueblo de Bordenstown del estado de Nueva Jersey, al lado de Nueva York.

La selección de escuelas tenía que ver con las raíces del padre corso, porque la Directora y encargada de las niñas era Madame Murat, cuñada de Jacquet Murat, Rey de Nápoles de 1808 a 1812, que se casó con un Bonaparte y los Bonaparte, originarios de Italia, se establecieron en Córcega. Sus descendientes, además de Napoleón, estuvieron emparentados con las casas reales de Holanda, Nápoles y Westfalia.

Es de suponer que en Linden Hall la niña estaría rozándose con otras de ascendencia corsa y ricas; que aprenderían, además del inglés, el francés y el italiano, lenguas de Córcega.

Por más que la niña echaba de menos a sus padres siguió en la escuela y a los diecinueve años se casó en Nueva York con Augusto Aymar, nacido allí, en la que nos imaginamos una gran boda, porque ofició el Obispo Católico de esa ciudad.

Los Aymar se habían establecido en Nueva York desde el siglo XVIII. Benjamín Aymar, el padre del novio, a los cuarenta años era dueño de un negocio de exportación e importación que llevaba su nombre «Benjamín Aymar». Tenía un barco llamado «De Witt Clinton and Co.» y exportaba e importaba productos de las Indias Orientales (ron y azúcar) y de la China y Rusia. El negocio pasó a ser «Aymar

---

<sup>6</sup> Lucca, op. cit., pp. 43-60.

and Co.», incluyendo a su hijo. La madre del novio, Elizabeth Van Buren, pertenecía también a una de las primeras familias de Nueva York.

El joven matrimonio Aymar-Lucca pasó la luna de miel en Europa y regresaron a Puerto Rico en 1849. En 1850 nació Isabel Nieve Aymar, futura madre de Zenobia Camprubí y tres años después el hermano, José Benjamín Augusto Aymar.

Augusto Aymar, padre, se convirtió en socio de Giuseppe Lucca, su suegro y fue condueño de una hacienda de caña en Puerto Rico llamada «La Regenta». Se encargaba de ella y de los asuntos del suegro cada vez que éste se marchaba a Córcega con su mujer e hijos, pues tenía allí muchos familiares y jamás cortó los lazos con su tierra natal.

Las páginas más negras de la historia de las islas del Caribe: Cuba, Puerto Rico, Santo Domingo, tienen que ver con el maltrato de los esclavos. La crueldad existió en algunos lugares de Puerto Rico sin alcanzar la dimensión que tuvo en las otras islas. Por unas memorias de la madre de Zenobia titulada «Reminiscencias de Puerto Rico»<sup>7</sup> se deduce lo bien que se llevaban los esclavos con los amos del ingenio de sus padres y sus abuelos. Describe la celebración del Día de Año Nuevo, en la que los esclavos, vestidos de fiesta y con música iban a saludar a los amos cerca de sus viviendas y después se reunían en el batey para recibir el aguinaldo que consistía de toda clase de ropa para las mujeres y los hombres y hasta picadura de tabaco y otros regalos envueltos y atados. Entonces tocaban sus instrumentos, cantaban y daban vivas a los amos. En 1872, cuando la abolición de la esclavitud fue decretada para Puerto Rico, la abuela de Zenobia se encargó de proveer a todos un medio de vida decente, dándoles casa, terreno y aperos para la siembra. Este sentimiento humanitario pasó a sus hijos.

Cuando la madre de Zenobia Camprubí se fue a vivir a España con su marido, la gente se asombraba del buen trato que le daban a

---

<sup>7</sup> Graciela PALAU DE NEMES. *Inicios de Zenobia y Juan Ramón Jiménez en América*. Fundación Universitaria Española, Madrid, 1982, pp. 78-79.

la antigua esclava Bobita (se llamaba Honorina) que la acompañó toda su vida. Creían que era su sirvienta porque era mulata, hija de un hacendado blanco y una negra esclava. Un familiar compró a Bobita cuando Isabel tenía dos años y ella siete, para compañera de juegos. Bobita rehusó la libertad y se quedó con su dueña que la trató siempre como un miembro de la familia.

En cuanto a la abuela de Zenobia, el historiador Josué G. Lucca la describió como una mujer de intelecto privilegiado que dominaba cuatro idiomas: español, inglés, francés y lengua corsa, y que se destacó en finanzas, teniendo, igual que su padre, habilidad para el manejo de capital monetario, y fue del tronco, la rama más saludable, de donde todos los demás se fortalecieron en tiempo de necesidad, volviéndose un personaje clave en la vida de cada uno de los miembros de la familia, cuyas amistades cruzaron los lindes de la isla de Puerto Rico y se escribían de diferentes partes del mundo. Termina este descendiente diciendo que «sufrió la desesperación de los suyos como propia y de los propios, nadie se enteró».<sup>8</sup>

¡Qué mucho se parecía Zenobia Camprubí a su abuela! Zenobia hablaba español, inglés, francés, y leía el italiano. Fue un personaje clave para su madre y hermanos y sobre todo para su marido. Supo manejar el capital que le dejó su madre y sus familiares maternos; tuvo habilidad para los negocios y sobre todo, como su abuela, sufrió la desesperación de los suyos, como propia, y de los propios, nadie se enteró. En los cinco últimos años de su vida en Puerto Rico, afectada hondamente por la enfermedad de su marido y declarado el cáncer que le quitó la vida, Zenobia Camprubí sufrió en silencio sus dolores. Solamente en su gravedad se enteraron que los padecía y es curioso el caso de que fuera Zenobia Camprubí la favorita de su abuela y que ésta la criara desde los cuatro años, iniciando su norteamericanización como lo había hecho con Isabel Aymar de Camprubí, su hija, y con cada uno de sus hijos.

Abolida la esclavitud y por ende las grandes haciendas, los abuelos de Zenobia se fueron a vivir a los Estados Unidos y la abuela

---

<sup>8</sup> Lucca, op. cit., pp. 41-43.

visitaba a sus nietos los veranos en Malgrat, donde nació Zenobia, y en Barcelona. El abuelo murió en Flushing, pueblo de Nueva York, y la viuda y el hijo varón se fueron a Barcelona para estar cerca de Isabel y su familia. La abuela tenía medios, alquiló una gran casa en el Paseo de Gracia, ocupando el cuarto delantero y puso una camita al lado de la de ella para Zenobia, su nieta de cuatro años, y se dedicó a su crianza hasta su muerte en 1895, cuando Zenobia tenía ocho años. Hablándole en inglés y enseñándola a leer en inglés las obras clásicas de su buena biblioteca, la abuela inició la norteamericanización de Zenobia que su madre continuó.

Para que se mantuvieran al corriente con el inglés, la madre de Zenobia suscribió a sus hijos a una popular revista para niños llamada *St. Nicholas*, que se publicaba en Nueva York y en la que colaboraban famosos escritores e ilustradores. Tan buena era que duró más de sesenta años, de 1873 a 1941. Tenía una sección especial para niños suscriptores, a los que invitaban a contribuir cuentos cortos sobre un tema determinado. Se publicaban los mejores y se daba un premio que consistía en una «insignia de oro».

Entre 1902 y 1904, a Zenobia le publicaron cuatro cuentos y ganó una insignia. Se basaban estos cuentos en hechos reales que oía de sus mayores y se publicaban dando la edad del contribuyente y aunque a veces Zenobia estaba a punto de cumplir un año más no lo decía.

Para la fecha de la colaboración de Zenobia en la revista *St. Nicholas* ya había usado el inglés en un viaje que hizo a los Estados Unidos a los nueve años, cuando su madre fue a hacer diligencias para matricular al hijo mayor en la Universidad de Harvard. A los quince años (en 1902), anduvo con unos tíos norteamericanos que hablaban inglés. La llevaron a pasear a Suiza. Para esa fecha, la familia Camprubí-Aymar vivía en Tarragona a donde fue enviado el padre como Jefe de Obras Públicas. De allí lo trasladaron a Valencia y la familia se sintió aislada y se intensificó el uso del inglés. En Barcelona, en Malgrat, en Sarriá, donde antes residieron, la vida les era agradable. Tenían amistades cultas, acomodadas, de ideas adelantadas, cuyos hijos también estudiaban con tutores e institutrices y algunos sabían inglés, como Zenobia y su hermano

menor, quien en contra de la voluntad de su padre no asistía a la escuela. La difteria padecida en su niñez le afectó la vista y el oído tenía un tic nervioso.

Residiendo fuera de Barcelona se recibió una amenaza contra el niño por cuestiones de dinero. Don Raimundo jugaba a la bolsa y quizás incurrió en deudas, pero no tomó el asunto en serio, su mujer sí. Sordo a la preocupación de ella y sin conseguir ésta que la familia de él con quien se llevaba muy bien lo convenciera, Isabel Camprubí se fue huyendo a los Estados Unidos con sus dos hijos. Su marido, enfadado hasta se negó a ocuparse de lo que dejaban en España. Su mujer, con fondos de su herencia, se marchó en 1904, se estableció en Newburgh, ciudad del estado de Nueva York, cerca de sus familiares y después en Flushing, pueblo tenista más cerca de la gran ciudad. Allí vivió Isabel Aymar de Camprubí una vida recogida al lado de todos sus hijos y allí Zenobia completó el proceso de norteamericanización y afloraron todas las dotes de su carácter que habrían de convertirla en la extraordinaria mujer del poeta Juan Ramón Jiménez.

Zenobia tenía diecisiete años cuando se trasladaron a los Estados Unidos. Había hecho vida de familia, aislada de los de su edad. Sabía como llevar una casa, su madre la dejó a cargo del servicio durante una larga ausencia en Barcelona donde su hijo menor recibía tratamiento médico. El padre, Don Raimundo, no era un hombre cariñoso, pero los vecinos que habían hecho amistad con Isabel Aymar de Camprubí se ocupaban de la joven Zenobia y ésta le escribía constantemente a su madre, asegurándole que todo iba bien: el manejo de la casa, sus estudios con la institutriz, incluyendo piano y lenguas, su salud; ella era débil y delicada y al servicio. Zenobia cumplía sus deberes sin darse cuenta de las limitaciones de su vivir.

Hacia 1906, ya en los Estados Unidos, su madre la hizo llevar un diario para seguir la evolución de su persona desde la niñez a la madurez y para darse cuenta de sus actos útiles que eran: puntualidad en las comidas (Zenobia siempre se levantaba tarde para el desayuno); mantener el correo (Zenobia escribía a su papá y a sus familiares paternos); ocuparse de las cosas de su hermano menor; atender a sus estudios de música, inglés, francés,

composición; encargarse de las comidas; hacer compras y pagos; coser y remendar; visitar y recibir; y lavar en la máquina, si era necesario. Se ocupaba también de su madre, si se enfermaba; se leían la una a la otra las obras de los clásicos que sacaban de la biblioteca pública.

Para su diversión, viviendo en Flushing, pueblo tenista famoso, Zenobia jugaba al tenis con las muchas chicas de su edad con quien hizo amistad, y con los jóvenes amigos de su hermano; andaba en bicicleta, paseaba en automóvil, asistía a tés, bailes y comidas y se dio cuenta de que la amistad entre ambos sexos era una cosa normal y sana, y que no cada hombre se consideraba un candidato para el matrimonio. También aprendió que cada individuo tenía que servir al prójimo, que no se trataba solamente de darle de comer al hambriento y vestir al desnudo; que había muchos modos de contribuir a la sociedad. Su madre la enseñó a recoger las cosas que estaban de más o ya no se necesitaban en la casa, para el «Salvation Army» (Ejército de Salvación), organización internacional caritativa fundada en 1805, que aún existe y se ocupa de los más pobres; además, hizo que Zenobia sirviera de voluntaria en una guardería infantil, haciéndoles muñecos de papel a los niños, cosiendo para ellos y comprándoles ropa.

Más importante aún fue el hecho de que Zenobia se dio cuenta de su valía ante los demás. Los Aymar y Van Buren, de los que su madre descendía, eran todos ricos, todos se consideraban tíos de Isabel, y por lo tanto de sus hijos, los Camprubí. Estos parientes vivían en Nueva York, Nueva Jersey, Massachusetts, Rhode Island, Washington y hasta en el cercano Canadá. Allí, en la provincia de Quebec, tenía casa el tío José, hermano de Isabel Camprubí, que había vivido en España con ellos y luego se casó con la viuda Lillian Le Bau a quien los sobrinos llamaban Tía Lillian. La parentela invitaba a Zenobia a pasar temporadas en sus casas y hasta los amigos íntimos de algunos de dichos familiares daban fiesta: tés, comidas y bailes en su honor. Zenobia conoció a muchos jóvenes educados y ricos, entre ellos a un Du Pont, cuyo padre, senador del Congreso de los Estados Unidos, tenía una de las casas más extraordinarias del país que era su residencia en el pequeño estado de Delaware, cercano a la capital. Hoy es un museo, llamado «Winterthur», tiene 178 cuartos que el Senador Du Pont decoraba

y amueblaba con objetos creados en los Estados Unidos entre 1640 y 1840. Su hijo, Henry, el amigo de Zenobia, era feo, pero ella simpatizaba con él por su conversación y sus modales<sup>9</sup>. Su otro admirador, Henry Shattuck, era íntimo amigo de su hermano José Camprubí. Zenobia lo conoció en España, cuando su hermano lo llevó de visita. Shattuck era invitado a todas las celebraciones en honor de Zenobia en los Estados Unidos y era, como solemos decir, un gran partido: culto, alto, bien parecido, abogado de profesión, graduado como José, el hermano de Zenobia, de la prestigiosa Universidad de Harvard en los Estados Unidos<sup>10</sup>. Era hijo de una rica y distinguida familia que contribuyó, entre otras muchas obras, a la distinción de dicha Universidad y del Massachusetts General Hospital, a donde Zenobia, que le dio calabazos a Henry Shattuck, tuvo que ir tres veces viviendo en Puerto Rico, buscando alivio para su enfermedad.

Cuando la joven Zenobia iba a Washington, a visitar a unos tíos que vivían en una gran casa, en la mejor parte de la ciudad, asistía con ellos a los bailes más selectos que se daban en el país; una navidad, al de la Casa Blanca y al llamado «Bachelor's German» en la cercana ciudad de Baltimore, que se daba una vez al año, y era un gran baile para las chicas debutantes en la sociedad al que ni la fama ni el dinero daban acceso, solamente el linaje.<sup>11</sup>

No hay duda de que Zenobia era la escogida y la admirada de sus parientes. Era bonita, pero no una belleza. Culta, bien educada, bien hablada, graciosa, sencilla y casta, ella, que nunca había presumido, se sintió contenta, segura, tranquila. Como sus mayores, las amigas de su edad la querían y la respetaban.

Sus diversiones no le impidieron faltar a sus deberes, fue siempre el apoyo de su madre; practicaba la religión católica por costumbre, pero en Nueva York encontró a un jesuita que la instruyó en la fe. Zenobia se confirmó y comulgó por primera vez y aprendió a confiar en Dios. Decidió cultivarse, obtener un diploma universitario, convalidó las asignaturas estudiadas y la admitieron a los Cursos

---

<sup>9</sup> Palau de Nemes, op. cit., pp. 109-110.

<sup>10</sup> Palau de Nemes, op. cit., pp. 95-96.

<sup>11</sup> Palau de Nemes, op. cit., pp. 101-112.

de Extensión de la Escuela de Pedagogía en la Universidad de Columbia en Nueva York.

En 1908, al cumplir la mayoría de edad, Zenobia formuló un juicioso plan de vida que incluía la libertad de espíritu; el dominar las cosas y no ser dominada por ellas; evitar los extremos; recordar que nada se mueve de por sí; considerar sus acciones bien antes de actuar y cumplirlas sin excepciones.

En 1909, de vuelta a Nueva York de una de sus visitas a familiares, encontró a su madre buscando casa y planeando regresar a España al lado de su marido. Se casaba José, el hijo mayor, con Ethel Leaycraft, una gran muchacha con la que los Camprubí se relacionaban muy bien. Descendía de un famoso inventor e ingeniero de los Estados Unidos, Nicholas J. Roosevelt y de mercaderes de las Indias Occidentales y dueños de barcos como los Aymar. La boda se celebró en febrero, en el vecino estado de Nueva Jersey, Zenobia tuvo un ataque de apendicitis al otro día y la operaron unos días después en un hospital de Nueva York.

La oposición de Zenobia en cuanto a volver a España le pareció a su madre una ingratitud. Pero Zenobia soltaba las amarras. Al fin accedió a ir, aunque fuera por poco tiempo. Invitó a una prima favorita, Hanna Crooke, pintora y dueña de una finca, que pensó que podían establecer un negocio sembrando toronjas en Andalucía. Con ella, el viaje se le hizo agradable. El barco hacía escalas en muchos lugares y a todos: Algeciras, las Azores, Gibraltar, Granada, Ronda, Tagua, Huelva y Niebla. Por todas partes pasaban por extranjeras y mientras tanto, a Zenobia le iba gustando su tierra nativa por pintoresca y por sus bellezas naturales; por la dignidad de la gente del campo y por la antigüedad de su arquitectura.

Vivió gustosa en La Rábida, su paradero, donde su padre estaba destinado. Guiada por el concepto de ayudar el prójimo adquirido en los Estados Unidos, estableció una escuela para los niños del lugar y al cumplir el término de la estancia de su padre se marcharon a Madrid, que no les gustó tanto como Andalucía.

Isabel y su hija habían creído que el padre, al jubilarse, se iría a los Estados Unidos a reunirse con el resto de la familia; pero no

fue así. Zenobia, en Madrid, se unió a instituciones que tenían que ver con los norteamericanos como la Sociedad de Conferencias, que se reunía en la Residencia de Estudiantes al iniciarse los Cursos de Verano para Extranjeros, y al Instituto Internacional de Señoritas, cuya directora era una norteamericana. Allí conoció al matrimonio Byne. Él era arquitecto, autor y pintor. La esposa era periodista y escribía artículos sobre España para los periódicos norteamericanos, lo que, por remuneración, hizo también Zenobia. Sabemos que por los Bynes, Zenobia conoció a Juan Ramón Jiménez y que se casó con él en los Estados Unidos en 1916 en contra de la voluntad de su madre.

Al casarse, Zenobia se adaptó al modo de vida del país, donde nació y sin saberlo se convirtió en española y en la musa de su marido, que, obsesionado por la carne, equivocaba el camino hacia la trascendencia.

La casta y buena Zenobia, con su conocimiento del inglés, amplió los horizontes poéticos de Juan Ramón y lo libró de preocupaciones económicas, cooperando con él a su manera. Pionera como mujer de negocios en España, su tienda de «Arte Popular Español», decorada con la ayuda de su marido, inició la participación de las mujeres en oficios reservados para los hombres. Dio empleo a las mujeres artesanas del lugar y aumentó el ingreso de los conventos, valiéndose de las monjas para la creación de bordados y tejidos finos. Y le hizo a su tierra natal un beneficio, dando a conocer en el extranjero lo mejor de la artesanía española: deshilados, bordados, muebles, vidrio, cerámica, cobres, forja, cuero repujado, cestería y tejidos.

En los veinte años de residencia en Madrid, antes de marcharse a América exiliado, en 1936, Zenobia contribuyó a adelantar la causa de la mujer española y la protección de los niños. Fue secretaria y socia fundadora del Lyceum, primer club de las mujeres de España independiente de la religión y del gobierno; fue Presidenta del Comité Internacional y Secretaria de la «Junta de Becas para Mujeres Españolas en los Estados Unidos». Fue socia fundadora de «La Enfermera a Domicilio» y Secretaria del «Comité Femenino de Higiene Popular», fue miembro de la organización para Protección de Menores y de «La Casa del Niño», una guardería modelo. Ella y

su marido se encargaron de un grupo de niños desplazados durante la Guerra Civil y los mantuvieron, desde el exilio en América en 1936.

Durante el exilio, en Cuba, Zenobia se ocupó, en La Habana, de mejorar la situación de las mujeres en la cárcel, lo que ya había intentado en España y fue Socia Honoraria del Lyceum de La Habana.

En la larga estancia de residencia en los Estados Unidos, de 1939 a 1951, donde ya existían todas las asociaciones benéficas habidas y por haber y las mujeres disfrutaban de todos los derechos del hombre, Zenobia, por primera vez asalariada, como miembro del profesorado de la Universidad de Maryland, dio a conocer la lengua, la civilización, cultura y literatura española. Norteamericanizada en todo el sentido de la palabra, la tomaban por española por ser esposa del poeta español. En Washington y en Maryland disfrutó de todo lo que estos lugares ofrecían. Tenía infinidad de amistades norteamericanas, pertenecía a clubes artísticos y culturales, asistía a té, almuerzos, exhibiciones, conferencias, celebraciones. Hacía de secretaria de su marido, llevando su correspondencia y pasándole a máquina sus escritos. El resto del tiempo era de ella. Antes de la residencia en Washington y Maryland, tomó cursos universitarios en la Universidad de Miami y en la de Duke en Carolina del Norte, donde dio algunas conferencias sobre España durante los cursos especiales de la Escuela de Verano en los que su marido tomaba parte.

En 1948, disfrutó del extraordinario recibimiento que le hicieron a su marido en la Argentina y el Uruguay sin darse cuenta, como tantos, que su marido había llegado a la meta de una búsqueda existencial por ella, cuyo amor, inteligencia y devoción le mostró el camino. Volvió a la vida normal de Norteamérica a la que ya se había acostumbrado. Pero su marido se enfermó. Necesitaba médicos de su lengua. Fueron a Puerto Rico en busca de ellos proponiéndose regresar, pero no lo consiguieron porque su mejoría no duró. Y el poeta volvió a enfermarse de un mal para el que entonces no había cura.

En comparación a la activa vida de Zenobia en España y en los Estados Unidos los últimos cinco años de su vida en Puerto Rico fueron sedentarios. Zenobia enseñó un año en la Universidad de Puerto Rico. Asistió también a algunos actos sociales, académicos y artísticos. Después de tres estancias en el Massachusetts General Hospital y ser desahuciada, en lo que le quedaba de vida, se ocupó solamente de las cosas de su marido, cuidándolo, atendiendo a su correspondencia, a la edición de la *Tercera Antología Poética*, ayudándonos a los que íbamos a su lado a documentar nuestro trabajo sobre el poeta. Preocupado por el futuro de su marido, acudió a su sobrino Francisco Hernández-Pinzón, enseñándole a cuidar a su tío y por las buenas, sin violar su voluntad y encargándole que se lo llevara a España al lado de su familia que podía ocuparse mejor de él. Hernández-Pinzón cumplió su cometido, lo demás es historia. Los restos de sus tíos descansan hoy en Moguer, la cuna de Juan Ramón y las memorias de ellos están en la sala «Zenobia y Juan Ramón Jiménez» de la Universidad de Puerto Rico, isla que fue cuna de los grandes antepasados de Zenobia Camprubí que tanto influyeron en su vida.

## REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

**JIMÉNEZ, Juan Ramón** (1942) *Españoles de tres mundos. Viejo Mundo, Nuevo Mundo, Otro Mundo (1914-1940)*. Editorial Losada, Buenos Aires.

**LUCCA, Josué G.** (2000) *Labrador*. Rincón Cultural, Seattle, WA, págs. xi y 5.

**PALAU DE NEMES, Graciela** (1982) *Inicios de Zenobia y Juan Ramón Jiménez en América*. Fundación Universitaria Española, Madrid.

**SIEVENS IRIZARRY, Otto** (1995) «Guayanilla en la genealogía de Zenobia Camprubí de Jiménez», *Hereditas*, nº 3-4.